

dar lo que no conviene retener de lo que ha pasado, de lo que hemos visto y aprendido en la ciudad?

5. En fin, despues de volver á casa, ¿nos hemos puesto bajo la proteccion de la santísima Virgen, dirigiéndola alguna oracion, segun el consejo de san Jerónimo: *Regredientibus de platea occurrat oratio priusquam sessio?*

¿Hemos vuelto á tomar nuestros ejercicios con el mismo recogimiento y fervor que si no hubiésemos salido?

¿Hemos observado en su caso esta gran regla que da uno de los Santos institutores de las primeras comunidades de la Iglesia, de no contar nada en la casa de cuanto se ha hecho, visto ó entendido en la ciudad? *Nemo quod foris gesserit, viderit vel audiverit, in domo narrare præsumat.* (S. Benedict. *in reg.*, S. Pacian. *in R.*).

TERCER PUNTO.

Mi Salvador, que despues de habernos merecido por vuestras visitas la gracia de santificar las nuestras, nos habeis dado los consejos y las máximas necesarias para hacer éstas de una manera digna de vuestra aprobacion; haced por vuestra gracia que nosotros seamos fieles á vuestras santas instrucciones, y bendecid la resolucion que tomamos de seguir el aviso de un gran Santo, de no hacer visita alguna sin

haber examinado previamente si es lícita, útil y conveniente: *An liceat, an deceat, an expediat.*

PRIMER EXÁMEN.

De los viajes de los eclesiásticos.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor en los diferentes viajes que hizo durante su vida mortal. Sus miradas, sus pasos, todo su exterior era en ellos santo, puro y edificante. Nada pretendia El en todo sino complacer á su Padre, hacer bien á los hombres y llenar su mision: toda su conducta era interior y exteriormente admirablemente arreglada. Rindamos todo género de homenajes á este divino Salvador, que nos invita tan tiernamente á seguirle: *Qui mihi ministrat, me sequatur.* (Joan. XII).

SEGUNDO PUNTO.

Estando determinados por buenas razones, y despues de haberlo reflexionado maduramente, de emprender algun viaje, ¿hemos principiado por encomendarlo á Dios, para ponernos en estado de atraer su bendicion sobre nosotros, en el conocimiento de la gran disipacion á que nos vamos á exponer?

¿Hemos tenido cuidado, cuanto las cir-

cunstancias de los negocios lo podian permitir, de tomar la ruta más conveniente y la compañía que nos era más propia y menos peligrosa?

Cuando los viajes debian ser largos ó sin regreso, ¿lo hemos dejado todo colocado en el órden que nos era posible, á fin de que nadie tuviese motivo de crítica ó queja de nuestra partida?

¿Hemos sido fieles á no llevar sino hábitos decentes en cuanto al color y la forma, conformándonos en esto á las reglas que se nos dan en los Cánones y á la práctica de los buenos eclesiásticos?

¿Hemos llevado la sotana ó al menos la rotanilla que descienda hasta bajo las rodillas? *Ut saltem genu clerici stantis operiat.* (Concil. Aquileiens. an. 1584. Vincentin. 1585).

Nuestra confianza en Dios ¿ha sido tan grande, para no llevar otras armas que aquellas que la Iglesia demarca á los eclesiásticos, que son las lágrimas y la oracion? *Clericorum arma sunt orationes et lacrymæ.*

¿Hemos tenido cuidado de no ir jamás sin un libro de piedad, sobre todo, sin alguna parte del Evangelio, que los Santos han llamado libro de los sacerdotes, *liber sacerdotalis*, y que los primeros cristianos llevaban continuamente consigo como una preciosa reliquia?

En fin, como en los viajes se ofrece ordinariamente una grande libertad, ¿hemos tenido cuidado de tomar buenas resoluciones y de ser en ese tiempo más circunspectos y de velar más sobre toda nuestra conducta?

TERCER PUNTO.

Dios mio, que nos dais vuestro Hijo por modelo que nosotros debemos imitar en nuestros viajes: *Qui dicit se in Christo manere, debet, sicut ille ambulavit, et ipse ambulare* (I Joan. II), haced por vuestra misericordia que nosotros aprovechemos de tal manera este favor, que todos nuestros pasos sean dirigidos hácia el cielo, y que á donde quiera que vayamos, vayamos siempre á Vos, de manera que podamos decir con El: *Vado ad Patrem... Vado ad eum qui misit me.* (Joan. XVI).

SEGUNDO EXÁMEN.

De los viajes de los eclesiásticos.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Hijo de Dios mostrándose bajo la figura de un viajero á dos discípulos que iban á Emaús. El camina con ellos y les entretiene con santos discursos, les explica las Escrituras, llena su corazón de santos ardores, y despues de haberles dado lugar de invitarle á demorarse con ellos,

se hace conocer, y les deja en seguida llenos de gozo y de consolacion. Ofrezcamos nuestros respetos á este divino Viajero; envidiemos despues la dicha de estos dos discípulos, y digámosle tiernamente con ellos: «Señor, demoraos con nosotros:» *Mane nobiscum, Domine.* (Luc. xxiv).

SEGUNDO PUNTO.

¿Hemos sido fieles durante nuestros viajes á decir todas las mañanas la oracion que la Iglesia llama *el itinerario*, y que ella ha ordenado santamente para los clérigos? *Mane singulis diebus preces illas pie recitare curet clericus, quæ itinerarii nomine appellantur.* (Conc. Mediol. 4, p. 1, tit. 10).

¿No hemos abandonado en este tiempo nuestra oracion y nuestras preces acostumbradas? ¿y no hemos demorado hasta la noche decir nuestro Breviario, sin considerar que en este tiempo cansados por el camino no se está en capacidad de decirse bien?

¿No hemos dejado de celebrar la santa Misa los domingos y fiestas con demasiada facilidad? ¿La hemos omitido del mismo modo los otros dias? y cuando ha habido obstáculo para esto, ¿hemos sentido verdadera pena de ser privados de este santo Viático?

¿No nos hemos dejado llevar de una com-

pleta disipacion, dando una gran libertad á nuestros sentidos y á nuestro espíritu en lugar de contenerles y mortificarles, elevándonos de tiempo en tiempo á Dios por algun buen pensamiento?

Bajo pretexto que el tiempo de viajes lo es de libertad, ¿no nos hemos desahogado entonces con cantos del mundo y aires profanos que en manera alguna convienen nunca á un eclesiástico?

Los accidentes adversos, los tiempos molestos, los malos caminos, la fatiga y demás incomodidades del viaje, ¿no nos ha sido muchas veces motivo de enfado, de murmuracion y de impaciencia; en lugar de bendecir y alabar á Dios como lo hacia el Profeta: *Benedicam Dominum in omni tempore?* (Psalm. xxxiii).

¿No nos hemos mostrado muy estrictos para dar limosna á los pobres que encontramos de paso en el camino, ó repugnado consolarles é instruirles, no haciendo atencion á las palabras del Profeta: *Beatus vir qui intelligit super egenum et pauperem?* (Psalm. xl).

Yendo acompañados ¿hemos tenido cuidado de hablar de tiempo en tiempo de Dios, y hacer de manera que no se digan sino buenos discursos, procurando distraer con santa destreza los que no eran bastante edificantes?

¿Hemos tenido por los compañeros de

viaje toda la caridad, dulzura y condescendencia que son necesarias á fin de disponerles á recibir con agrado los buenos avisos que podíamos darles?

Cuando hemos viajado con personas de diferente sexo, bien lejos de familiarizarnos ¿hemos sido fieles en mantenernos en la decencia y reserva que demanda la santidad de nuestro estado?

En fin, en todas las circunstancias, ¿hemos de tal modo arreglado nuestra conducta, que ella fuera irrepensible ante Dios y ante los hombres? *Nemini dantes ullam offensionem, sed in omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros.* (II Cor. vi).

TERCER PUNTO.

Dios mio, el más poderoso motivo de conducirnos con regla en nuestros viajes, es la consideracion de que Vos marcais todos nuestros pasos para que de ellos os rindamos cuenta un dia. *Nonne ipse cunctos gressus meos dimunerat?* (Job, c. xxxi, 4). Haced, Señor, que en estas ocasiones tengamos bien fija nuestra atencion en esta verdad, para que velando mucho todos nuestros pasos, nos hagamos dignos de pertenecer al número de los que, lejos de extraviarse en sus caminos, encuentren siempre en ellos los medios de adelantar en la virtud. *Quorum semita quasi lux splendens, et via sine offendiculo.* (Prov. xv).

TERCER EXÁMEN.

De los viajes de los eclesiásticos.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor en la hostería de Emaús, sentado á la mesa con dos de sus discípulos. El no trata ahí de contentar su gusto ni de satisfacer sus sentidos; ni se entretiene de cosas vanas y curiosas; y nada hay de cuanto hace y dice que no sea santo, y que no inflame los corazones y no los conduzca á Dios. ¡Oh bello ejemplo y admirable modelo para los eclesiásticos viajantes!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cuál ha sido nuestra conducta en nuestros viajes cuando hemos llegado á una hostería ó posada.

¿Hemos en primer lugar ofrecido á Dios nuestros obsequios, yendo si es posible y si la hubiere, á la iglesia á visitar el santísimo Sacramento?

¿Hemos usado demasiada precipitacion y exigencia para ser servidos, dejándonos llevar de impaciencia y de cólera por poco que nos difieran el servicio necesario?

¿Hemos buscado mucho nuestras conveniencias y comodidades, aún á expensas de los otros, sin dársenos pena el desacomodo

de éstos con tal de nosotros estar bien, entrando á este fin los primeros en la hostería para elegir los aposentos más propios, las camas más cómodas y los manjares más exquisitos?

Cuando hemos sido libres para comer en una ú otra mesa, ¿hemos preferido la de los eclesiásticos ó religiosos, ó en su defecto la de los seglares que juzgáramos más reglados? ¿Y hemos observado esta misma preferencia y circunspeccion respecto del aposento cuando no lo hemos tenido particular?

¿Hemos hecho lo posible, particularmente en este tiempo, por evitar la compañía de personas de diferente sexo, y para no ser servidos por ellas, no permitiéndolas jamás entrar en nuestro aposento, sobre todo cuando estamos solos?

¿No somos nosotros del número de esos curiosos indiscretos é inmortificados, que apenas llegan á un lugar quieren de pronto saber todo lo que allí pasa y ver todo lo que les puede satisfacer?

En fin, ¿ha sido toda nuestra conducta bastante bien arreglada para no desagradar á Dios, para evitar el pecado y atraer sobre nosotros la gracia de un regreso feliz? *Ita ut nos tales in domum reportemus, quales exivimus, hoc est ita devotos, ita mundos corde, ita rumoribus vacuos.* (S. Bonav.).

TERCER PUNTO.

Dios mio, que veis á cuantos peligros de cuerpo y alma exponen los viajes, y que sin vuestro socorro es imposible evitarlos; hacednos la gracia de proporcionarnos en ellos, cuando los hiciéremos, el mismo socorro que en otro tiempo dísteis al jóven Tobías, y el que la Iglesia aconseja pedir á todos los eclesiásticos viajeros. *Angelus Raphael comitetur nobis cum in via, ut cum pace, salute et gaudio revertamur ad propria.* (Itiner. Cleric.).

EXÁMEN.

Del buen ejemplo que deben dar los eclesiásticos.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, que habiendo establecido los eclesiásticos en su Iglesia como modelos y como la regla de la vida de los cristianos, les advierte en particular por su Apóstol de la obligacion en que están de darles buen ejemplo: *In omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum in doctrina, in integritate, in gravitate.* (Tit. II, 7). *In conversatione, in charitate, in fide, in castitate.* (II Tim. IV, 12). Recibamos con docilidad, respeto y reconocimiento esta importante instruccion, y gravémosla bien en nuestro corazon.